

Investigación, acción y conflicto de lealtades psicológicas: el caso del sentimiento de comunidad

Alipio SÁNCHEZ VIDAL
Universidad de Barcelona

Resumen

Se hace en este artículo una reflexión abierta sobre el uso práctico del conocimiento a partir de una investigación del sentimiento de comunidad realizada en un barrio muy cohesionado de la ciudad de Barcelona. Tras describir la investigación, se lleva a cabo la “devolución” de la información y los contactos posteriores con el barrio, se identifican sus problemas y recursos y se hace una integración global y dinámica de la comunidad sugiriendo soluciones. A continuación, se extraen conclusiones de la experiencia y sus resultados, reflexionando sobre los aspectos críticos del proceso de generación, difusión y uso práctico del conocimiento contemplado como conflicto de lealtades psicológicas. Se presentan después distintas formas de usar el conocimiento en la acción social –y la acción social para generar conocimiento– como variante de la relación entre investigación y acción, y se describe, finalmente, un modelo emergente de uso del conocimiento propuesto en el campo del trabajo social comunitario.

Palabras clave: investigación, acción social, intervención comunitaria, difusión de conocimiento, uso de conocimiento, sentimiento de comunidad.

Summary

This paper is aimed as an open reflection on the practical use of knowledge starting from a research on sense of community carried out in a close-knit neighborhood of the city of Barcelona. After describing the research project, the ensuing return of information and other contacts with the neighborhood, its main problems and resources are identified, and an integrative dynamic evaluation of the community is done, suggesting solutions. Conclusions are then drawn from the experience and its results, and a reflection on the critical aspects of the process of generation, dissemination, and practical use of knowledge is undertaken, contemplating the process as a conflict of psychological loyalties. Different forms of using knowledge in social action –and of using social action to generate knowledge– are then presented as the several ways of relating research and action, and an emerging model of using knowledge generated in community social work is finally described.

Key words: research, social action, community intervention, dissemination of knowledge, use of knowledge, sense of community.

Dirección del autor: Departamento de Psicología. Universidad de Barcelona. ***Correo electrónico:*** asanchezvi@ub.edu.

Recibido: septiembre 2003. ***Aceptado:*** diciembre 2003.

Pretendo hacer en este artículo una reflexión pública sobre una experiencia de investigación y sobre el uso práctico del conocimiento en la acción social. Para ello, explico, en primer lugar, la realización de la investigación y la devolución posterior a la comunidad de la información obtenida y extraigo después, en base a la evaluación global de la situación, algunas conclusiones sobre el proceso seguido y su significado, conectando todo ello con las distintas formas de usar el conocimiento y con un modelo emergente del proceso implicado. Aunque el grueso del trabajo se dedicó a la investigación formal, seré deliberadamente breve al describirla, remitiendo al lector interesado en ampliar la información al respecto al correspondiente informe empírico (Sánchez Vidal, 2001). Eso me permitirá contemplar la experiencia desde una perspectiva diferente, más global y práctica en que destacaré aspectos y significados, generalmente excluidos por “irrelevantes”, de la literatura “científica” al uso, pero extremadamente importantes para la acción social o para elaborar algún tipo de “ciencia práctica” más consonante con el espíritu activista y transformador de la Psicología Comunitaria (PC).

El proyecto, la comunidad y los resultados

El proyecto

El punto de partida de la investigación fue la constatación de que, debido a ese espíritu activista, investigación y desarrollo teórico son, a pesar de su trascendencia a largo plazo, intereses secundarios en la PC. Además, el hecho de que la investigación debía ser evaluada por una comisión (“tribunal”) académica, me llevaron a

plantearme el estudio de un fenómeno comunitario teóricamente relevante. Se trataba de demostrar que en PC, además de acometer cambios y hacer crítica social, se puede generar conocimiento básico que “ilumine” el significado de lo que se hace y de por qué se hace. Elegí, en consecuencia, el sentimiento de comunidad (SC), uno de los núcleos conceptuales y valorativos del campo. Lo cual, me exigía, además, familiarizarme con la comunidad, uno de los temas centrales, pero groseramente ignorado, de un área psicológica definida, precisamente, como comunitaria. Ello contribuía, por otro lado, a un desarrollo personal, a veces negado al psicólogo comunitario, que se limita a repetir –para otros–, conceptos y recetas –tan conocidos– que apenas le permiten ilustrarse y “crecer” científica y profesionalmente.

La dificultad estribaba, sin embargo, en encontrar algún aspecto o tarea práctica que, en un tema tan básico y teórico, permitiera combinar con alguna coherencia investigación y acción. Buscaba, de otro modo, hacer compatibles los intereses divergentes de la comunidad y de la academia, resolviendo el clásico conflicto entre las lealtades a sus valores-guía (cambio social y conocimiento) a que se suele enfrentar el psicólogo comunitario. Establecí así un proceso de “devolución” de resultados de la investigación a la comunidad que posibilitaría la “ilustración” (Miller, 1969) de la gente sobre un tema de interés para ella. Conectaba así con la justificación de Chavis y otros (1983) de la difusión de investigación básica por los escasos beneficios inmediatos que, de otra manera, (y a diferencia de, por ejemplo, una investigación aplicada como la evaluación de necesidades) podrían derivarse para la comunidad.

La comunidad

La comunidad elegida fue La Barceloneta, un barrio que, pese a su ubicación urbana, reunía las características de una verdadera comunidad: enclave geográfica y socialmente delimitado, con historia, carácter propio y auto-conciencia social. Se trata de un barrio bicentenario, de pasado marinero e industrial, emplazado en una península portuaria de la ciudad de Barcelona con una trama urbana regular de calles estrechas y viviendas pequeñas y bastante antiguas. Si la industrialización del siglo XIX permite la pujanza del barrio y genera un potente movimiento obrero y una rica vida asociativa y cultural, la “reconversión” del siglo XX y la remodelación asociada a los Juegos Olímpicos de 1992 provocan el estancamiento y crisis: pasa de 50.000 habitantes a 16.000, queda “fijado” en un pasado obsoleto, deja de ser *la* playa de Barcelona y se ve sobrepasado por otros barrios más dinámicos. Todo ello genera un clima de frustración y desilusión que, suponemos, acentúa el sentimiento comunitario cimentado, en la sensación de *marginalización* compartida por sus habitantes. Socialmente, La Barceloneta tiene una fuerte personalidad barrial y una *intensa vida social*, visible en la densa interacción en las calles, otros espacios y fiestas locales. Muestra también (Gómez, 1994) un retraso respecto del conjunto de Barcelona en aspectos como esperanza de vida, estudios superiores, nivel económico o paro.

El sentimiento de comunidad

La comunidad, su reivindicación frente a los devastadores efectos (desintegración social y desarraigo personal) de industrialización y modernización primero y

de globalización y postmodernidad después, ha sido objeto de intensos debates intelectuales y sociales desde el siglo XIX. Las inquietudes sociales, avivadas por los movimientos sociales de los sesenta, y la constancia del papel central de la comunidad en PC generaron en Estados Unidos (la sociedad más desintegrada y proclive, al mismo tiempo, al examen empírico de los temas sociales) una línea de investigación del SC (*sense of community*), la percepción psicológica de la comunidad, que apenas tiene eco fuera del ámbito anglosajón. La procedencia estadounidense de la mayoría de investigaciones planteaba no pocas dudas sobre la validez transcultural del fenómeno social, el SC, la forma de evaluarlo y los resultados obtenidos.

El estudio y sus resultados

La investigación pretendía desarrollar y poner a prueba una medida del SC teóricamente fundada y pensada para nuestro contexto socio-cultural, teniendo en cuenta las investigaciones ya realizadas en nuestro país (Pons y otros, 1992 y 1996; Gómez Jacinto, Hombrados, Cantó y Montalbán 1993). Se intentaba también explorar la participación comunitaria y su eventual relación con el SC y la percepción que del barrio tenían sus habitantes. Dado que los detalles de la investigación, análisis de datos y descripción e interpretación de resultados han sido ya publicados (Sánchez Vidal, 2001), resumo ahora telegráficamente sus puntos centrales. La Barceloneta mostró un alto SC a través de una escala fiable y estructuralmente multidimensional. Interacción Vecinal, Arraigo Territorial e Inter-dependencia fueron las tres dimensiones factoriales detectadas coincidentes, *grosso modo*, con las inicialmente

identificadas a partir de la teoría de Sarason (1974). El SC apareció constituido por un núcleo central de interacción social de base vecinal complementada por una interacción social no territorial y el sentimiento de pertenencia, lo cual apoya, con matices, los análisis de Hillery (1955), Bernard (1973), Gusfield (1975) y tesis como las de Durkheim (1893) y Dunham (1986) que afirman el peso *decreciente* en la vida social de la *solidaridad estructural, ligada al territorio y su substitución por un proceso más relacional*. En cuanto a relaciones, el SC aparece fuertemente ligado a la edad, menos al tiempo de residencia en la comunidad y es independiente de la participación. Casi todos los resultados concuerdan -con matices sobre todo en la participación- con los obtenidos en estudios anteriores. La *participación* del barrio es baja, minoritaria y se centra en las áreas lúdicas y recreativas -no en las ligadas al cambio social y la acción comunitaria-, lo que plantea un dilema al interventor comunitario: si, según parece, la gente busca más *la relación y la pertenencia social* que el cambio social, ¿cómo plantear los procesos participativos sin desnaturalizarlos?

“Devolución” y contactos posteriores: los problemas de La Barceloneta

Devolución: propósito y realidad

Algo más de un año después de pasar el cuestionario se realizó, la “devolución” de la información a los vecinos de La Barceloneta. Como se ha indicado, la devolución perseguía un doble objetivo: *retornar* a la comunidad, debidamente sistematizada y elaborada, la información que ella nos había aportado y obtener sus reacciones y comentarios, lo que permitiría incorporar su punto de vista a una *interpretación multipartidista* de los

datos. El primer objetivo tenía un doble significado. Uno, dar algo a la comunidad a cambio de lo que de ella habíamos recibido, restableciendo así parte de la *equidad relacional* que el formato unilateral, objetivista y distanciador de la administración de cuestionarios amputa al proceso de “recogida de información”. La palabra “devolución” adquiere, así, todo su significado, se trata de restituir a la gente (debidamente enriquecida) una información que le pertenece, es *suya* y que el psicólogo se ha limitado a elaborar, integrar, etc. El segundo significado era redefinir la información captada del conjunto de personas como *conocimiento público* (Sánchez Vidal, 2004) que permita la reflexión y eventual participación de la comunidad como actor colectivo en sus propios problemas y aspiraciones.

En colaboración con el centro cívico local, elaboramos un guión expositivo invitando a los vecinos a asistir a la charla. La asistencia fue limitada a una docena de personas, que incluía sectores relevantes del barrio y algunas personas mayores. Aunque la gente escuchó cortésmente nuestra exposición, se centraron en otros aspectos del barrio. Recordaron con nostalgia los tiempos en que era un “verdadero pueblo”, lamentaban la presente vida despersonalizada (una visión histórica desde dentro, bien distinta de nuestra visión externa comparada con otras comunidades), lamentando los problemas presentes e inquiriendo por “los inmigrantes” cuya presencia -llamativa aunque limitada- comenzaba a inquietar a una comunidad tan pequeña y trabada.

Otros datos y contactos

Resumo otros contactos con el barrio que completan los datos del estudio formal y de la devolución posterior. En el prime-

ro, un acto popular organizado por el Centro Cívico, una compañía de teatro local representó una obra que retrataba con un tono irónico pero entrañable, los problemas y vivencias del barrio abriéndose, a continuación, un coloquio a cargo de políticos locales y representantes de varias asociaciones y entidades. La asistencia fue numerosa incluyendo bastantes jóvenes que abandonaron masivamente el local cuando acabó la obra de teatro. En el coloquio se repitieron las quejas por los problemas del barrio en un tono pesimista no exento, sin embargo, de cariño y orgullo barrial, siendo “la administración” el blanco preferido de las reclamaciones y aflorando, en no pocos momentos, claras diferencias de puntos de vista, celos y pugnas entre facciones y asociaciones.

Segunda experiencia: un grupo de estudiantes ligados a la PC en la Universidad de Barcelona, hizo una propuesta de uso de un nuevo espacio verde del barrio. El proyecto tuvo una fría acogida y el espacio de ensanche, vital en un barrio tan denso, fracasó.

Tercer contacto, un grupo focal con jóvenes del barrio, intentado por el autor, quedó abortado al cabo de dos sesiones por falta de asistencia, aunque aportó impresiones interesantes sobre los jóvenes y su visión de la situación del barrio.

Cuarto “dato”, un informante clave, el psicólogo del Centro Cívico, J. A. Martínez comenta la existencia de serios problemas en el Instituto de Secundaria del barrio que han llevado a la expulsión de un buen número de alumnos. El conflicto se enmarca en una línea de dificultades de los adolescentes y jóvenes del barrio que, ni los programas deportivos, ni las asociaciones culturales de los propios jóvenes, ni las ofertas y actividades del Centro Cívico

habían logrado resolver. Se detectaba una descorazonadora dinámica: los jóvenes se quejan de que faltan alternativas de ocio y recreo apropiadas a su edad (un déficit real del barrio), pero apenas usan los espacios y alternativas que se les ofrecen y, encima, no parecían interesados en hablar de esos problemas o buscarles solución, según mostraba el fracaso del grupo focal.

Evaluación de La Barceloneta

Hago ahora una evaluación sumaria de la comunidad poniendo las distintas piezas de información en relación y “encajándolas” en una síntesis global que busca entender el barrio y lo que en él sucede sugiriendo, a partir de ahí, soluciones. quede claro que para realizar esa tarea han sido más útiles los “datos” informales obtenidos en los contactos y reuniones comunitarias que los cuantitativos logrados con la medida del SC de sus habitantes.

Como otras comunidades, La Barceloneta ha estado sometida a fuertes tensiones económicas (“reconversión” industrial, obsolescencia de su forma de vida) que no ha encarado adecuadamente y cuyo impacto, como el de una piedra en un estanque, ha agudizado y sacado a la superficie los desequilibrios y conflictos preexistentes provocando una crisis sociopsicológica. Como consecuencia, el barrio parece “anclado” en unas actividades, oficios, preocupaciones y formas de socialización más propias del siglo pasado que del presente. A pesar de sentirse orgullosos del barrio y de su buen ambiente social, sus habitantes parecen sumidos en un clima de pesimismo mostrando una baja estima colectiva, Son conscientes de sus problemas pero, fiados a la bonanza de sus privilegios (playas, paseos, restaurantes populares) y buen vivir, parecen vaci-

lantes a la hora de buscar soluciones a esos problemas, con lo que el gran “capital social” acumulado en el denso tejido social y el sólido SC no se traduce en movilización y acción colectiva. La Barceloneta se encuentra en una situación de parón nada infrecuente en la vida comunitaria y en cuyo mantenimiento al menos dos factores parecen decisivos:

1. El rico tejido social y la “buena vida” del barrio parecen desincentivar una participación activa en su mejora. Mientras que todos (vecinos, asociaciones, políticos locales) son conscientes de los problemas, se muestran más preocupados por buscar responsables o culpables que por hallar soluciones. La situación está, por tanto, bloqueada.

2. Una buena parte de los jóvenes (“el futuro de la comunidad”) están en una situación de crispación y desesperanza, en que el bajo SC que exhiben puede interpretarse como un signo de la dificultad de incorporarse a una sociedad que, embebida en competir y producir, les pone cada vez más difícil el acceso al estado adulto negándoles algunas de las vías (trabajo, ocio adecuado, espacio social propio, etc.) de tránsito a ese estado. Aspectos cruciales para *solucionar* los problemas y deshacer el bloqueo descrito habrían de incluir:

a) La introducción de algún elemento *social* dinamizador que convoque esfuerzos en torno a una ilusión o proyecto colectivo y permita pasar de la queja improductiva a la acción correctora, uniendo fuerzas y poniendo a dialogar a las distintas partes. Ese elemento aglutinador habría de combinar un *liderazgo* efectivo y un *proyecto de barrio* compartido (elaborado participativamente) y, dada la situación, ha de ser introducido “desde fuera” (Ayuntamiento, activista autónomo, etc.) sin perjuicio de

fomentar los recursos (liderazgo, amor al barrio, asociaciones y grupos, etc.) existentes. Un plan de desarrollo comunitario que contemplara prioritariamente esos dos aspectos, podría ser la forma de intervención apropiada para que el barrio “eche a andar”.

b) Una *mediación* decidida con los jóvenes para buscar salidas a sus conflictos y demandas. El Centro Cívico podría ser (globalmente o a través de alguno de sus servicios) el interlocutor adecuado; ya lo está intentando, parece necesitar apoyo y ayuda especializada.

Conclusiones de la experiencia

Extraigo ahora conclusiones de la propia experiencia descrita, no sólo en relación a la difusión de conocimiento a la comunidad, sino también, a las distintas formas de usar conocimiento en la acción social que incluyen, pero no se limitan a la investigación-acción (IA). Me planteo para ello preguntas cuyas respuestas contemplo desde un punto de vista deliberadamente valorativo y práctico que introduce un giro que estimo interesante en el tratamiento del binomio investigación-acción.

1. Investigación y participación de la comunidad

Podemos preguntarnos porque la difusión de conocimiento despierta un interés tan escaso en temas de investigación que, como el SC, conciernen a la propia comunidad. Explicaciones plausibles serían: la falta de participación de la comunidad en el proyecto, el carácter teórico y abstracto del tema, el largo tiempo transcurrido entre el estudio y la devolución y la imagen lejana y ajena a la realidad comunitaria de

“la Universidad”. ¿Deberíamos haber involucrado a la comunidad desde el principio, al *elegir* el asunto a estudiar? Podríamos haberlo hecho, pero es dudoso que, ante esa opción, la gente hubiera elegido un asunto tan “intelectual” y alejado de sus preocupaciones cotidianas. Y es que el tema de estudio fue elegido para demostrar que se podía hacer investigación básica en la comunidad y que podía ser valorado por un “tribunal” académico. ¿Valoraría positivamente ese “tribunal” una propuesta más práctica (de IA o de otro tipo) o de menor contenido teórico?

2. Comunidad y academia: el conflicto de lealtades del psicólogo comunitario

La pregunta planteada nos enfrenta a uno de los temas de fondo de este asunto: la *compatibilidad* de los intereses y criterios de valor académicos y comunitarios. En la medida en que esos intereses y criterios son divergentes y el psicólogo comunitario participa de ambos mundos, está “atrapado” en un típico conflicto de lealtades. Elegir un tema que interese a la comunidad (y usar una metodología, “blanda”, práctica o cualitativa) puede significar ser rechazado o minusvalorado por la parroquia académica; elegir un tema teóricamente significado y un enfoque “duro”, objetivista y cuantitativo, casi garantiza el desinterés de la comunidad. Pero el psicólogo comunitario reside, por lo general, en un mundo académico distante y distinto de la comunidad; un mundo cuya imparable carrera (en España) hacia la burocratización y la tecnocracia investigadora (¡el I + D para *competir!*) hace cada vez más difícil que el psicólogo pueda conectar con el mundo real. Pero, en nuestro caso, no sólo se da un conflicto entre instituciones, sino, también, entre los *finés* básicos del investigador, que busca

conocer un tema de gran relevancia teórica pero poca aplicación inmediata, y la comunidad a la que podría haber interesado un tema más práctico y “oportunista”. ¿Se pueden conciliar relevancia teórica y aplicabilidad? Claro que sí. Esa es justamente la idea de Lewin (1946) con su investigación-acción rebotada después en la acción comunitaria, la educación o propuestas más recientes como la rescatada por Price y Behrens (2003). Hay que ser, no obstante, consciente de que, por un lado, ese planteamiento sólo cubre *una parte* de los tópicos de interés en PC, por lo que temas básicos de gran potencial cognoscitivo quedarían olvidados si fuera el único modelo aceptable. Así es que, aunque habrá zonas en que investigación y acción converjan y pueden combinarse productivamente, habrá otras en que, al tener una y otra objetivos e intereses distintos, cada una debe seguir su propio camino (desarrollar conocimiento, ayudar al cambio comunitario), eso sí, sin perderse mutuamente de vista.

Tampoco podemos, por otro lado, concebir la acción social como una mera “aplicación” de conocimiento o saber científico: primero, porque su ingrediente básico no es el saber, sino el saber hacer, la *técnica*; segundo, porque la acción social no depende sólo de conocimientos -y técnicas- sino de intereses, valores, poder, intenciones y otros elementos extracognitivos que, con frecuencia, pesan más que la racionalidad científico-técnica (Sánchez Vidal, 1991 y 2002). Todos sabemos que no basta demostrar necesidad (o diseñar soluciones correctas) para que se produzca la acción social; o que las políticas sociales y los programas comunitarios dependen tanto o más de factores como el acceso a la información decisoria y el gra-

do de organización, o el poder de presión de los actores sociales, que del estado real de injusticia, necesidad o marginación existente.

3. El papel del psicólogo comunitario y la relación con la comunidad

El tiempo transcurrido entre la aplicación de los cuestionarios y la “devolución” a la población fue excesivo; en tal situación hubiera sido deseable mantener algún contacto periódico que diera *continuidad* a la relación con la comunidad. De lo contrario, la gente, que desconoce la complejidad y el trabajo implicado en el análisis de los datos y la elaboración de conclusiones, perderá el interés en el tema probablemente pensando que los investigadores se han olvidado de ellos.

4. Acceso a la comunidad: “Por arriba” y “por abajo”

El “contacto” usado para realizar el estudio fue el Centro Cívico. La entrada en la comunidad “por arriba” nos ligó a cierto tipo de actores sociales con las ventajas e inconvenientes que eso comporta: permitió un trabajo técnicamente rápido y eficiente, que no hubo que “negociar” con la comunidad. Pero, al mismo tiempo, dependimos siempre de la reputación y credibilidad del centro institucional al que se nos asociaría, para lo bueno y para lo malo: si la institución tiene mala reputación, el investigador queda asociado a ella (inicialmente al menos); si la tiene buena, también el investigador la tendrá; si hay conflictos del barrio con la institución, el investigador estaría automáticamente asociado al bando institucional, enfrentado, por tanto, a la comunidad ... El psicólogo puede ele-

gir entrar “por abajo” o al menos, de la mano de otros actores sociales como la asociación de vecinos, pero eso comportará un ritmo de trabajo más lento. En la medida en que la asociación represente realmente a los vecinos y no a una facción o interés personal, permitirá un contacto más fluido con la comunidad y la “devolución” tendrá un mayor impacto. Puede suceder, sin embargo, que la asociación en cuestión sea un cascarón burocrático vacío e inoperante o que sólo se represente a sí misma o a una facción comunitaria, en cuyo caso los problemas pueden ser similares, pero agravados, a los de la entrada por arriba.

5. Mediación y respeto a la comunidad

Aunque en este caso no había intención alguna de “intervenir” en la comunidad, no se puede ignorar que cualquier estudio o evaluación en un barrio supone ya una cierta forma de interferencia, de intervención. Intervenir en una comunidad, implica interferir de uno u otro modo en los delicados y complejos equilibrios relacionales y de poder establecidos entre actores y grupos sociales, por lo que requiere una familiarización previa con el tema y el territorio que evite irrumpir “como un elefante en una cacharrería” y permita, cuando menos, saber “dónde nos metemos”. Cualquiera de los enfoques antes sugeridos (entrada por arriba o por abajo) es útil en ese sentido ya que ir “de la mano” de un *mediador* comunitario cualificado nos permite observar el proceso aunque sea, en gran parte, a través de “los ojos” del mediador o informante clave elegido. En ausencia de un contacto cualificado (que parafraseando el lenguaje de la evaluación podríamos llamar “mediador clave”) en la

comunidad, el uso de una estrategia inicial básicamente cualitativa y poco “intrusiva” como la descrita por Warren y Warren (1977) permite una familiarización inicial respetando el estado de cosas existente en la comunidad, evitando a la vez definir un papel permanente al investigador o evaluador hasta que este haya tomado la decisión de incorporarse de alguna forma más duradera a los procesos y dinámicas presentes en la comunidad (algo ajeno a mi voluntad en La Barceloneta).

6. La intervención comunitaria como recurso añadido

De implicarse en la acción, el psicólogo debería tener una función complementaria de las funciones ya desempeñadas por la comunidad y asumir un papel definido por la dinámica comunitaria y por las *demandas funcionales* de la situación, no “creado” más o menos artificialmente por él/ella a partir de su titulación o preferencias profesionales. Estoy sosteniendo, de otro modo, una noción aditiva de la intervención comunitaria que complementa los esfuerzos de la comunidad, añadiéndoles algo (evaluación, dinamización, técnica interventiva, etc.) de que aquella carezca, una intervención en que sólo la evaluación inicial sería una función relativamente predefinida (como función, no en cuanto al contenido a evaluar) por el psicólogo.

7. Alternativas procesales: investigación y acción

El citado conflicto de lealtades del psicólogo se materializaba al final de la investigación del SC en La Barceloneta en forma de bifurcación de caminos o alternativas. En efecto, en ese momento, el psicó-

logo podía seguir dos caminos: 1) el investigador, que me llevaría a elegir un barrio difuso y poco comunitario en que probar la validez discriminante del SC; 2) el de la IA (o intervención comunitaria, en general) que me mantendría en La Barceloneta explorando mejor las dinámicas y problemas ya apuntados (anomia y conflictos juveniles, auto-percepción comunitaria negativa, falta de proyecto común y de personas o estructuras sociales dinamizadoras) para apuntar soluciones que pudieran llevar a cabo los actores comunitarios existentes sin o con colaboración externa (que podía o no incluirme a mí).

8. Opciones personales y legitimidad social: poder y conocimiento

La “bifurcación” de intereses academia-comunidad que confronta el psicólogo comunitario implica dos elementos distintos aunque relacionados: una opción (y postura) personal y un condicionamiento social de naturaleza política y estructural. En efecto, cada psicólogo comunitario debe encontrar en el caso y situación concretos el equilibrio éticamente ideal entre los dos valores en juego: el amor al conocimiento y la ciencia, por un lado, y el compromiso con el desarrollo de la comunidad y la igualdad y bienestar de sus miembros, por otro. Valores que, no nos engañemos, con frecuencia no serán convergentes o combinables, de modo que actuando de una determinada modo podamos ser leales a los dos. En muchos casos habremos de sacrificar uno de ellos. Esa es la opción personal.

Pero esa opción está muy influida, condicionada en gran parte, por el contexto social. ¿Cómo se ejerce esa influencia o condicionamiento? La IA, u otras estrate-

gias de investigación –como la evaluación de necesidades– que combinen conocimiento y acción, sólo serán opciones efectivamente elegibles para los psicólogos (u otros expertos y profesionales) comunitarios en la medida en que sean académicamente reconocidas como formas *legítimas* de producir conocimiento. Es el no reconocimiento por parte de los sistemas universitarios de “acreditación” de esas vías como alternativas legítimas al modelo positivista clásico de investigar lo que obliga, al psicólogo comunitario, a optar por una u otra si quiere ver reconocido su trabajo. ¿Por qué -o hasta qué punto- es político ese condicionamiento? En la medida en que esa legitimación implica el uso del *poder social* (académico, ministerial, evaluación experta, etc.) para sostener, imponer o transmitir ciertas concepciones “duras”, positivistas y numéricas sobre otras, “blandas” y globalizadoras, de la investigación o la acción social. Y que usa sistemas, pretendidamente neutrales, como los índices de impacto, la dotación de plazas académicas o el monopolio de ciertas revistas “internacionales” o grupos de expertos, que acaban decidiendo lo que es ciencia aceptable y legítima y lo que no, lo que constituye un verdadero “mérito” a recompensar socialmente y lo que no lo es. Si el tema es, en parte sólo, político, políticas habrán de ser las “soluciones” o *estrategias de legitimación* de las formas alternativas de producir conocimiento como aquellas, planteadas en PC, que suponen, o son compatibles con, el cambio social. Eso demanda embarcarse en un proceso colectivo para reivindicar la legitimidad de esas formas alternativas de entender y modificar la realidad social que acabe, además, con el monopolio de la visión positivista-mimética de las ciencias físicas y natura-

les- del mundo social que algunos tratan de mantener a pesar de los claros signos de estrechez e inadecuación que presentan. El acercamiento a los aspectos más comunitarios del modelo médico (es decir, la legitimación lograda cobijándose en la ya reconocida a otro campo vecino) o la demostración de *eficacia* de las acciones son dos líneas alternativas y no conflictivas de legitimación que sobresalen en el panorama estadounidense (Wandersman, 2003). No parecen, sin embargo, suficientes por sí solas para lograr la legitimidad social plena de esas formas de conocer alternativas: conocer para actuar, actuar para conocer, IA, evaluación de necesidades, codificación del saber popular, investigación interventiva y otras.

Investigación y acción social: formas de usar el conocimiento

Ofrezco (tabla 1) ahora una panorámica tanto de las distintas formas de usar el conocimiento en la acción social como de “usar” la acción social para generar conocimiento a partir de las propuestas hechas en Psicología Social Aplicada (Sánchez Vidal, 2002). Esas formas incluyen, pero superan, la IA y suponen diferentes modalidades de relación teoría-praxis o investigación-acción y, por tanto, distintos roles, perfilados en cada caso.

1. *Técnica / tecnología social*, en que prima la habilidad práctica (el *saber hacer*) sobre el saber intelectual o teórico que sólo es útil en la medida que genere técnicas aplicables. El profesional es aquí un técnico que selecciona, integra y utiliza materiales teóricos o cognoscitivos generados por otros. La tecnología social de J. Varela es un buen ejemplo de esta modalidad. También la diseminación de programas al estilo de Fairwea-

Tabla 1. Formas de utilización de conocimiento y técnica.

Forma	Descripción
<i>Técnica/tecnología social</i>	Uso directo de la teoría y conocimiento como técnica o tecnología social; traducción de “saber” a “saber hacer” bajo modelo de experto neutral. Tecnología social, difusión de programas.
<i>Intervención social</i>	Uso sistemático de la información en el proceso de cambio social planificado (diseño y evaluación). Muy extendido; asume el modelo de experto neutral.
<i>Activismo socio-político</i>	Pone el conocimiento y la técnica al servicio del grupo (interés social). Priman valores y compromiso social; IA radical.
<i>Investigación aplicada</i>	Estudio científico de problemas sociales relevantes; compatible con intereses (papel académico); resultados aplicables.
<i>Ilustración/orientación</i>	Uso indirecto, “humanizador”, del conocimiento y enfoques psicológicos para cambiar el concepto de hombre y sociedad y para guiar/aconsejar la acción social o política de otros.
<i>Investigación-acción</i>	Combinación cíclica de investigación de problemas sociales relevantes y acción para resolverlos y extraer conocimiento del proceso de cambio. Suele implicar participación social y cooperación democrática con los actores sociales.

ther y sus colaboradores (1986) concebida como transferencia de tecnología contextualizada y la intervención social que separo como una forma específica.

2. *Intervención*: se hace un uso técnico del conocimiento para diseñar y evaluar acciones sociales organizadas según el modelo de cambio planificado dominante sobre todo en el Norte (Europa y Estados Unidos) pero también frecuente en el Sur. El profesional es aquí un experto técnico “neutral” de orientación metodológica, global y sistemática.

3. *Activismo socio-político*; el psicólogo “toma partido” y pone su saber teórico y técnico al servicio de unos valores, intereses o grupos sociales. Priman los valores éticos y el compromiso social sobre los ideales de objetividad y neutralidad valorativa del modelo tradicional de exper-

to científico-técnico. La IA comunitaria latinoamericana al estilo de Fals Borda (1979) tiene con frecuencia una orientación marcadamente partidista, algo distinta de la perfilada originalmente por Lewin.

4. *Investigación aplicada* a temas de relevancia o interés social como la comunicación en una organización, los conflictos raciales, la inmigración, el cambio de valores o la participación; usa formatos variados incluyendo los informes empíricos de aspectos micro y análisis globales y comprensivos de una comunidad o institución social. Es la forma generalizada de trabajo “aplicado” por su cercanía al rol académicamente reconocido que se presta, además, al uso práctico posterior según una u otra de las demás variantes.

5. *Ilustración y orientación*; uso indirecto y humanista del conocimiento (y los

valores o enfoques) para cambiar el concepto cultural de hombre y sociedad (ilustración) y, más focalizada y selectivamente, para guiar o aconsejar la acción de mediadores profesional, social o políticamente influyentes (orientación y consejo). En ambos casos, el conocimiento (u otros materiales teóricos o metodológicos) no es usado por el experto que lo produce sino puesto en manos de *otros* (un técnico, un gestor o un político) para que lo usen por sí mismos. El profesional es aquí un “diseminador” de conocimiento o nociones básicas que, o bien “iluminan” la vida y horizontes vitales de la gente, o bien le ayudan en sus tareas y dificultades prácticas diarias. La difusión de innovaciones (Rogers y Shoemaker, 1971), la derivación de principios de acción social de Rothman (descrita después), la elaboración del saber popular (Fals Borda, 1992) y la difusión de investigación a la comunidad que se ha descrito aquí con el SC, son líneas ilustrativas; la educación obligatoria y los programas educativos (preventivos, de promoción de la salud, etc.) la incluyen como componente. La asesoría política o la consulta organizativa o comunitaria, ejemplifican la línea de orientación.

6. *Investigación-acción*, modelo propuesto por Lewin (1946/1992) que concibe investigación y acción social como aspectos interdependientes y los combina como pasos sucesivos y retroalimentados de un proceso cíclico continuo estudiando asuntos prácticos o socialmente relevantes y encaminando la acción no sólo hacia el cambio social sino, también, a generar teoría. El modelo ha sido recreado como variante crítica de la educación (Kemmis y Taggart, 1987) y, en versión más radical y unilateral, como forma participativa de cambio comunitario. El profesional com-

bina los papeles de constructor de conocimiento (investigador) y actor social “desde dentro”, aunque, conscientes de la dificultad de integrar tareas diversas, algunos demandan una integración institucional, no personal, de ambos papeles a través de “roles conectores”. Frecuente como paradigma teórico de la intervención comunitaria latinoamericana (Salazar, 1992).

Un modelo emergente de utilización de conocimiento social

En la medida en que explican distintas maneras de relacionar teoría y práctica, las variantes descritas contienen ya implícitamente modelos -tecnológicos, racionales, políticos, etc.- de uso del conocimiento en la acción social. Eso es más patente en el caso de la IA que, además de una estrategia operativa, es un paradigma epistemológico y un enfoque metodológico diferenciado. Existen, sin embargo y además de la IA, otros modelos más explícitos o, al menos, ideas que pueden articularse como modelos. Es el caso del trabajo realizado por Rothman y sus colaboradores del trabajo social comunitario (Rothman, 1974; Thomas, 1967 y 1984; Rothman y Thomas, 1994) sobre uso práctico de la investigación social. El modelo se compone de una propuesta de proceso de uso de conocimiento ya existente que ha de tener en cuenta las cualidades de los materiales cognitivos y la “distancia social” entre científicos y practicantes, planteando, finalmente, un modelo global de “investigación de la intervención”

a) *Proceso de utilización de conocimiento*. Parte de un *corpus* de literatura empírica multisectorial y pluridisciplinar sobre la acción y el cambio social del que derivan principios de la acción social siguiendo los siguientes pasos, que se pue-

den generalizar a otros procesos: 1) Constituir una *base de datos* relevante para el tema/área de interés a partir de las revistas, libros, y otros documentos existentes; 2) Buscar generalizaciones teóricas en base al consenso o concordancia de hallazgos empíricos en esos documentos; 3) “Traducir” las *generalizaciones* teóricas a principios aplicables al tema de interés; 4) Hacer una prueba piloto limitada observando funcionamiento práctico de los principios; 5) Modificar los principios al nivel (programa o política social) en que se aplique y, en su caso, utilizarlos en la práctica con los sistemas clientes pertinentes.

b) *Cualidades del conocimiento utilizable*. Para tener utilidad práctica, el conocimiento o teoría a “aplicar” debe reunir ciertas cualidades que, por tanto, hay que tener en cuenta. A saber, que en relación al área o tema concreto, los materiales o variables de interés: 1) Tengan *poder cognoscitivo* o “calidad” intrínseca: validez empírica, y potencia explicativa y potencia predictiva. 2) Sean *accesibles*, de forma que puedan ser identificadas y manipuladas por el interventor. 3) Sean *alterables* o modificables en la práctica teniendo en cuenta los costos económicos y los límites estratégicos (como la motivación de la comunidad) y éticos (como la compatibilidad de los valores promovidos en el programa y los de la comunidad).

c) *Distancia científico-practicante y papel conector*. La diferencia de objetivos, métodos, y contextos en que se desarrollan (Bickman, 1981) investigación y acción definen tareas y roles distintos y distantes. La distancia, que dificulta la utilización efectiva de “productos” teóricos, es creada por factores como: las diferencias de los roles, orientación hacia el cliente, intereses centrales, valores y asunciones metodoló-

gicas subyacentes a una y otra actividad; dificultades de comunicación asociadas a los elementos subyacentes citados y a otros como los distintos lenguajes, la sobrecarga informativa y falta de contacto bidireccional entre teóricos y practicantes; malentendidos y prejuicios ligados a la divergencia de intereses; y conflictos interprofesionales derivados de las identidades y lealtades distintas (ya notadas antes en el caso del psicólogo comunitario). ¿Cómo salvar esa “distancia social” y *facilitar la comunicación* entre científico y practicante? Algunas sugerencias: 1) convertir las generalizaciones teóricas en *principios de actuación* adecuados para la práctica profesional; 2) dar pautas de ejecución del principio y ejemplos prácticos de cómo aplicar un principio en situaciones concretas; 3) explicar la *relevancia práctica* de los principios y recomendaciones operativas desde el punto de vista del practicante; 4) señalar problemas y dificultades que puede presentar el principio sugiriendo formas de paliar esas dificultades y 5) *orientar y apoyar* a los practicantes en la puesta en práctica de principios sobre el terreno

Para llevar a cabo todo eso puede ser necesario crear un *rol conector* (*linking role*) teórico-practicante que facilite la comunicación y “ejecute” las recomendaciones indicadas. Como culminación e integración de ese trabajo, Rothman y Thomas proponen un modelo general de *investigación de la intervención* (*intervention research*) que abarca tres áreas o procesos relacionados:

1. *Desarrollo de conocimiento* sociopsicológico obtenido de la investigación en ciencias sociales y conductuales. Se trata de localizar el conocimiento “aplicable” contenido en la literatura científica existente. “Productos” de esta tarea serían

ejemplos, conceptos, hipótesis, teorías y generalizaciones empíricas potencialmente útiles en la intervención social.

2. *Utilización del conocimiento* “convirtiendo” la información social acumulada en nociones y principios prácticos relevantes para un problema o aspiración social, una comunidad o población, un método o técnica de intervención. Produciría cambios en la práctica, en la forma de entender los problemas y aspiraciones colectivas, en las comunidades con que se trabaja o en la intervención social en general.

3. *Diseño y realización de intervenciones*. Se refiere a la tecnología -programas, métodos, políticas, redes y sistemas de prestación de servicios, etc.- utilizable en el proceso de intervención usando enfoques como el análisis de problemas, diseño de intervenciones y la difusión de técnicas o programas ya mencionados.

El modelo emergente es una generalización del procedimiento ya descrito e ilustrado por Rothman en 1974. Puede leerse como las fases sucesivas de un proceso lineal (que puede hacerse cíclico o continuo sin muchas distorsiones) que integraría algunas de las formas de usar el conocimiento en sentido amplio descritas: investigación aplicada, uso directo o indirecto de conocimiento e intervención.

Referencias

- Bernard, J. S. (1973). *The sociology of community*. Glenview: Scott, Foresman.
- Bickman, L. (1981). Some distinctions between basic and applied approaches. En L. Bickman (Ed.), *Applied Social Psychology Annual*, 2 (págs. 23-44). Beverly Hills: Sage.
- Chavis, Stucky, P. E. y Wandersman, A. (1983). Returning research to the community. A relationship between scientist and citizen. *American Psychologist*, 11, 424-434.
- Dunham, W. (1986). The community today: Place or process. *Journal of Community Psychology*, 14, 399-404.
- Durkheim, E. (1893). *De la division du travail social*. Paris: Alcan.
- Fairweather, G. W. y Davidson, W. S. (1986). *An introduction to community experimentation*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Fals Borda, O. (1979). *El problema de cómo investigar la realidad para transformarla desde la praxis*. Bogotá.
- Fals Borda, O. (1992). La ciencia y el pueblo: Nuevas reflexiones. En M. C. Salazar (Comp.), *La investigación-acción participativa* (págs. 65-84). Madrid: Editorial Popular-Organización de Estados Iberoamericanos.
- Gómez, J. (1994). Desigualtats socials a la ciutat de Barcelona. *Barcelona Societat*, 2, 4-23.
- Gómez Jacinto, L., Hombrados, M. I., Cantó, J. M. y Montalbán, F. M. (1993). *Aplicaciones de la Psicología Social*. Málaga: Miguel Gómez.
- Gusfield, J. R. (1975). *The community: A critical response*. Nueva York: Harper Colophon.
- Hillery, G. A. (1955). Definitions of community: Areas of agreement. *Rural Sociology*, 20, 111-123.
- Kemmis, S. y Taggart, R. (1987). *Como planificar la investigación-acción*. Barcelona: Laertes
- Lewin, K. (1946). Action research and minority problems. *Journal of Social Issues*, 2, 34-36. [Reimpresión española, en M. C. Salazar (Comp.), *La investigación-acción participativa*. Madrid: Popular-Organización de Estados Iberoamericanos, 1992].

- Miller, G. A. (1969). Psychology as a means of promoting human welfare. *American Psychologist*, 24, 1063-1075.
- Pons, J., Grande, J. M., Gil, M. y Marín, M. (1996). El sentimiento de pertenencia: Un análisis estructural y de sus relaciones con la participación. En A. Sánchez-Vidal y G. Musitu (Comps.), *Intervención Comunitaria: Aspectos científicos, técnicos y valorativos*. Barcelona: Ediciones Universitarias de Barcelona.
- Pons, J., Marín, M., Grande, J. M. y Gil, M. (1992). *Participación comunitaria y sentimiento de pertenencia en el barrio del Sant Bult de Valencia*. Valencia: Documento no publicado.
- Price, R. H. y Behrens, T. (2003). Working Pasteur's quadrant: Harnessing science and action for community change. *American Journal of Community Psychology*, 3/4, 219-223.
- Rogers, E. M. y Shoemaker, F. F. (1971). *Communication of innovations: A cross cultural approach*. Nueva York: Free Press.
- Rothman, J. (1974). *Planning and organizing for social change: Action principles from social science research*. Nueva York: Columbia University Press.
- Rothman J. y Thomas, E. (1994). *Intervention research*. Binghamton: The Haworth Press.
- Salazar, M. C. (Comp.) (1992). *La investigación-acción participativa*. Madrid: Popular-Organización de Estados Iberoamericanos
- Sánchez Vidal, A. (1991). *Psicología Comunitaria. Bases conceptuales y operativas. Métodos de intervención*. Barcelona: PPU [reeditado por EUB, 1996].
- Sánchez Vidal, A. (2001). Medida y estructura interna de sentimiento de comunidad: Un estudio empírico. *Revista de Psicología Social*, 16 (2), 157-175.
- Sánchez Vidal, A. (2002). *Psicología Social Aplicada. Teoría, método y práctica*. Madrid: Prentice Hall.
- Sánchez Vidal, A. (2004). *Compendio de Psicología Comunitaria*. Barcelona (en elaboración).
- Sarason, S. B. (1974). *The psychological sense of community: Prospects for a Community Psychology*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Thomas, E. J. (1967). Selecting knowledge from behavioral science. En E. J. Thomas (Ed.), *Behavioral Science for Social workers*, (págs. 416-24).
- Thomas, E. J. (1984). *Designing interventions for the helping professions*. Beverly Hills: Sage.
- Wandersman, A. (2003). Community science: Bridging the gap between science and practice with community-centered models. *American Journal of Community Psychology*, 3/4, 227-242.
- Warren, R. B. y Warren, D. I. (1977). *The neighborhood organizer's handbook*. Notre Dame: University of Notre Dame.